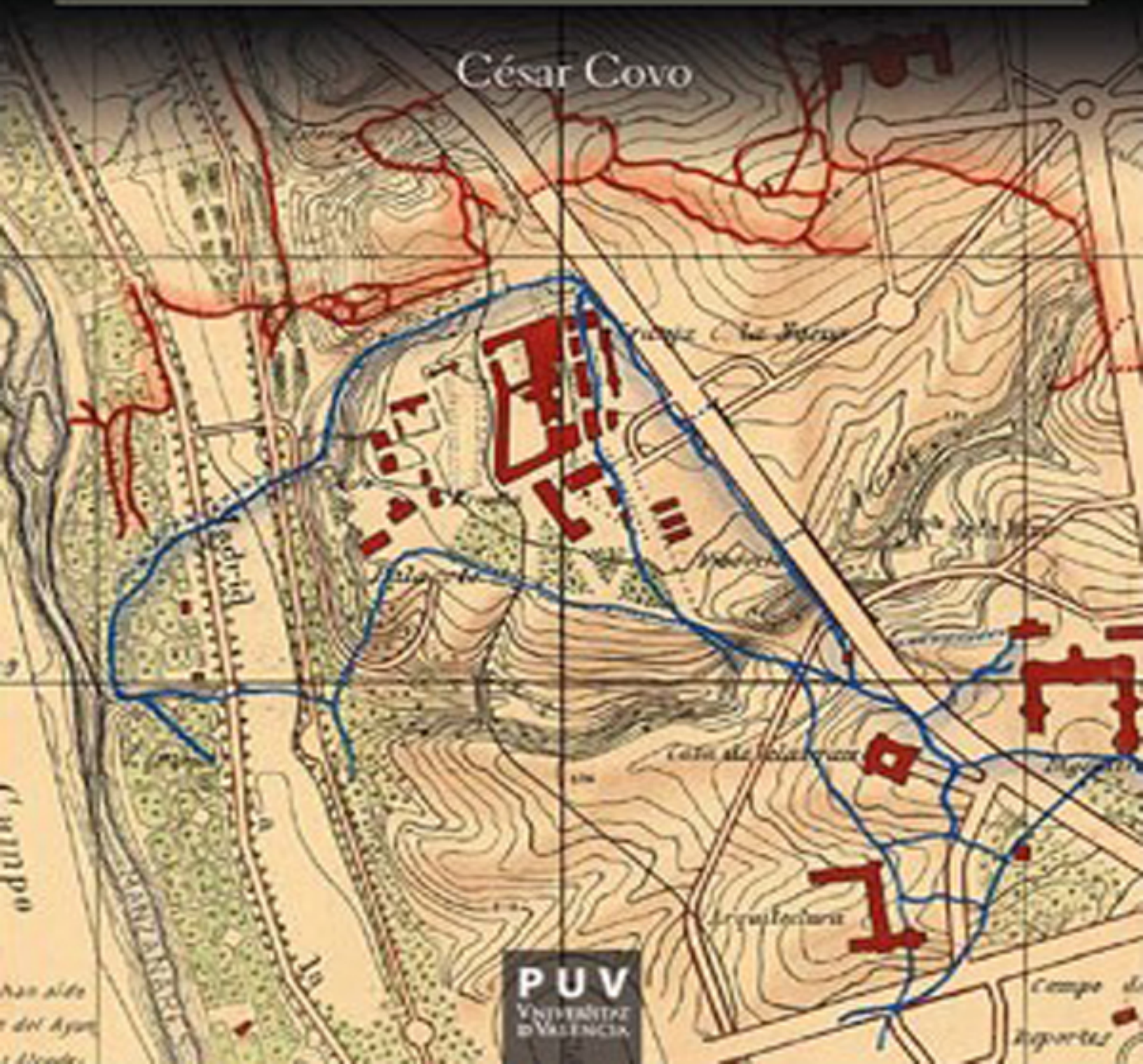


¡ES LA GUERRA, CAMARADA!

Memorias de un brigadista sefardí

César Covo



¡ES LA GUERRA, CAMARADA!
MEMORIAS DE UN BRIGADISTA SEFARDÍ

¡ES LA GUERRA, CAMARADA!

MEMORIAS DE UN BRIGADISTA SEFARDÍ

César Covo

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA



Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *La guerre, camarade!* (Atlantica, 2005)

© Del texto original en francés: César Covo

© De las traducciones: Lucía Bermúdez Carballo, Cristina Cubría Falla, Cristina Giner Leal, Cristina López Jiménez, Marcos Molina Fernández y Armando Molina Martínez

Coordinación y revisión de las traducciones: Cristina López Jiménez, Salomé Vicente Santa Cruz y Severiano Montero Barrado (AABI)

© De esta edición: Universitat de València, 2018

Coordinación editorial: Maite Simón

Corrección, fotocomposición y maquetación: Letras y Píxeles, S. L.

Cubierta:

Imagen: Trincheras franquistas y republicanas (Madrid, Moncloa y zona universitaria)

Detalle de la cubierta posterior: César Covo, dibujo de Erell Covée Vicente

Diseño: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-9134-410-0

*A Thomas, mi nieto,
por haberme transmitido el virus de la informática,
contribuyendo así a la publicación de este libro*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, *por Salomé Vicente Santa Cruz*

INTRODUCCIÓN, *por Severiano Montero Barrado*

¡ES LA GUERRA, CAMARADA!

1. LA SALIDA
2. ALBACETE
3. CHINCHÓN
4. LOS ÁNGELES, EL BAUTISMO
5. CASA DE CAMPO
6. LAS ROZAS
7. EL ESCORIAL
8. GUADALAJARA. ENERO DE 1937
9. EL CAMPESINO
10. JARAMA
11. GUADALAJARA. MARZO DE 1937
12. HOTEL PALACE
13. MURCIA
14. MATARÓ
15. S'AGARÓ
16. VIVIRÁ

PRESENTACIÓN

César Covo (Sofía, 1912-Rennes, 2015), de origen judío sefardí pero también de nacionalidad francesa, pasó su niñez y juventud vinculado a la cultura búlgara, a la francesa y también a la sefardí, y en consecuencia a la lengua española.

En su libro *¡Es la guerra, camarada!* César narra su implicación en la Guerra Civil española. Como muchos judíos de la época fue un comunista convencido. Se enroló rápidamente en las Brigadas Internacionales, en esos momentos de la historia de Europa tan turbulentos. Su conocimiento del español, francés y búlgaro hizo que fuera un valioso intérprete entre los asesores rusos y los republicanos españoles.

Escribió otro libro en francés, *Guerre à la guerre*, en el que relata su infancia en Bulgaria y la instalación de su familia en Francia después de la Primera Guerra Mundial. Narra también su experiencia durante la Segunda Guerra Mundial, su breve movilización durante la «drôle de guerre», a pesar de que casi había perdido una pierna durante la Guerra Civil en España. En ese libro también rememora su papel en la Resistencia, en la liberación de París, su trabajo en la embajada de Bulgaria en esta ciudad, su instalación como padre de familia -lo que le aleja del activismo político- y el comienzo de una nueva vida profesional en una imprenta.

César vivió casi toda su vida en París, pero como se casó con una bretona una de sus hijas lo incitó al final de su vida a instalarse en una casa de jubilados en Rennes (Bretaña

francesa). Los últimos años de su vida fueron bastante solitarios para él, ya que se sentía desarraigado en una ciudad en la que la edad dificultaba una vida social que a él le hubiera gustado más activa.

La publicación de sus memorias permitió que el Centro Cultural Español de Rennes estableciera un primer contacto con César. En 2013 le ayudamos a tramitar papeles para obtener la nacionalidad española. Desde el primer momento en que el Estado español concedió esta posibilidad César la solicitó; desgraciadamente su expediente desapareció en los meandros burocráticos. Gracias a Los Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI) y a Margarita Temprano Payá (responsable de la Oficina para las Víctimas de la Guerra Civil y la Dictadura) César consiguió la nacionalidad española que tanto anhelaba.

Con motivo de la celebración de sus cien años, nos pareció muy interesante dar a conocer las memorias de César al público hispanohablante y publicarlas en España. Gracias otra vez a Los Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI) y a la Universidad de Valencia este proyecto se ha concretado.

César escribió sus memorias cuando tenía ochenta años. Durante su vida había tomado notas de sus recuerdos pero fue en los primeros años de este siglo cuando publicó sus escritos.

Los traductores estamos muy contentos de presentar al lector español estas memorias. Además del valor histórico que se suma a otros testimonios de quienes combatieron en España, esta edición es más completa que la original en francés, ya que hemos añadido notas a pie de página cuando hemos considerado que podía ser interesante para el lector. También hay que mencionar que algunos pasajes en el libro original son un poco confusos. La mayoría de las veces César nos pudo ayudar a comprender mejor el texto. Hemos incluido asimismo algunas imágenes. Les damos las gracias a la Asociación de los Brigadistas Franceses y en

particular a Claire Rol-Tanguy, presidente de la asociación Amis des Combattants en Espagne Républicaine (ACER), que nos ha proporcionado las fotos de César y de su amigo Théo Rol, el famoso *camarade* de César en la Guerra Civil.

Para facilitar la lectura en español hemos adoptado algunos cambios gramaticales del texto original. Los diálogos son numerosos en estas memorias y César tiene tendencia a narrar los hechos cambiando constantemente del presente al pasado, lo que termina por complicar la atención del lector. Es por ello que hemos tomado la decisión de emplear principalmente el tiempo presente en la narración, que es el tiempo verbal que utiliza más a menudo César durante su narración.

Por último, cabe señalar que en estas memorias el lector podrá comprobar el cariño que César siempre sintió por los españoles. César Covo, en el albor de sus 100 años, seguía conservando una gran sociabilidad y siempre recibía con mucho placer a las personas que acudían a hablar con él.

Agradecimientos

Ante todo, dar las gracias al Centro Cultural Español de Rennes (Bretaña) y a su Consejo de Administración, que han financiado y apoyado la traducción de las memorias de César Covo del francés al castellano.

Un agradecimiento muy especial a la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (Madrid), que ha respaldado este proyecto y ha desarrollado los contactos necesarios para su publicación en España.

Agradecer también las informaciones sobre César Covo, así como las fotos, que nos ha procurado Claire Rol-Tanguy, secretaria general de la Asociación Les Amis de Combattants de l'Espagne Républicaine (París).

Dar las gracias asimismo a Sanela Balic (Rennes), que ha traducido del idioma serbocroata al francés algunas frases que quedaban sin traducir en la obra original.

Por último, dar las gracias a Iván Couée (Rennes) y a Carmen García Hiraldo (Rennes), por sus comentarios y sus correcciones siempre muy pertinentes.

SALOMÉ VICENTE SANTA CRUZ
Presidenta del Centro Cultural Español de Rennes (2011-
2016)

INTRODUCCIÓN

César Covo nació en Sofía, Bulgaria, en 1912, cuatro años después de que Bulgaria se independizara del Imperio turco. Su padre, impresor, era miembro de la comunidad judío-sefardí cuyos antepasados habían sido expulsados de España en 1492 y tuvieron que refugiarse en Salónica. La familia había obtenido la nacionalidad francesa desde los tiempos de Napoleón, lo que hizo que César estudiara en el Colegio La Salle francés, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Cuando la crisis económica de 1929 -acompañada por una grave situación política- azota a Bulgaria, la familia decide trasladarse a París. César tiene 18 años y hace el servicio militar en la Caballería. Poco después se implica en los movimientos huelguísticos y manifestaciones frecuentes de aquellos años; es la escuela social que le conduce a ingresar en el Partido Comunista Francés (PCF). Cuando en julio de 1936 se produce el golpe de Estado de los generales españoles César decide ir a España a luchar con los republicanos. No lo conseguirá hasta que el Partido Comunista Francés promueva el alistamiento de voluntarios que formarán, en octubre, las Brigadas Internacionales.

César está entre los primeros en acudir y se integrará en la Compañía Balcánica de la XII BI, comandada por el búlgaro Cristo Cristoff (o Jristov). Inicialmente esta compañía pertenece al batallón Thaelmann, pero desde diciembre pasará al batallón Dombrowski, donde participará en las operaciones de Boadilla (diciembre) y de Mirabueno-Almadrones (enero de 1937).

Poco después, debido a sus conocimientos de idiomas, es reclamado como intérprete del asesor ruso de la brigada del Campesino. Es precisamente con esta unidad con la que afronta las batallas del Jarama y Guadalajara, en la que resulta herido (marzo de 1937). Esto inaugura un largo periplo por los hospitales republicanos hasta ser repatriado a finales de 1938. Su lesión le impedirá estar activo para acciones de primera línea.

Tras la derrota francesa ante el ejército nazi, César pasa a la Resistencia y se integra en un grupo del MOI (Mano de Obra Inmigrante). Su principal trabajo es proporcionar papeles falsos a los miembros clandestinos de la Resistencia, aunque también colabora en los preparativos de las acciones de sabotaje. Cuando se produce el levantamiento en París contra las autoridades nazis (agosto de 1944) César estaba en las barricadas.

Al finalizar la guerra participa en la creación de una agencia de prensa y de la revista *París-Sofía*, y durante unos años trabaja en la embajada de Bulgaria en París. Poco a poco se va desencantando con el mundo burocrático que le rodea, lejos de sus ideales de comunismo igualitario y, casi, libertario. Paralelamente comienza a reflexionar sobre su compromiso en el PCF y sobre el papel desempeñado por la URSS al comienzo de la guerra, cuando firmó el pacto nazi-soviético. «En Francia estábamos convencidos de que la lucha contra el fascismo debía continuar. Más tarde nos dimos cuenta de que los soviéticos no eran verdaderos comunistas y de que el cambio de mundo no se podía hacer con ellos». César Covo dejó el PCF en 1955.

Por esos años, trabajando en la embajada de Bulgaria en París, conoce a una joven mecanógrafa que se convertirá en su esposa. «Ella era creyente, iba a misa todos los domingos y el Partido no lo veía con buenos ojos». Esa fue la gota que colma el vaso; envía a paseo a la embajada y al Partido y monta una imprenta. El resto de su vida no cesa de reivindicar y difundir la gesta solidaria de las Brigadas

Internacionales, no sin ocultar sus agudas críticas a ciertos aspectos con los que no comulgaba. Fruto de esta lucha por la memoria fue la publicación de este libro que ahora tenéis en vuestras manos: *La guerre, camarade!* Publicado en francés en 2005 y pronto agotado.

Hace unos años Salomé Santa Cruz propuso editar el libro en español y nos pusimos a trabajar con ilusión. Diferentes circunstancias retrasaron la culminación del proyecto, que, finalmente, ha llegado a buen puerto.

ALGUNAS PALABRAS SOBRE ESTE LIBRO

César pertenece a esa categoría de personas que se caracterizan por su rabioso amor a la libertad. Como heredero de la cultura sefardí, mantuvo una querencia especial por el Sefarad de sus ancestros, lo que no fue ajeno a ese impulso que le llevó a España en 1936. Pero su formación fue más compleja: al judaísmo «laico» de su familia se unió la veneración por la Francia napoleónica (a la que agradecieron el otorgamiento de la nacionalidad francesa) y una educación formal en el colegio católico francés de La Salle. Todo ello constituyó el bagaje cultural de partida que se iría tamizando a lo largo de su prolongada vida (102 años).

Estas memorias de guerra parten de un *leitmotiv* que César repite machaconamente y da título a su libro: «¡Es la guerra, camarada!». Es decir, lo que le ocurre a él, como a los miles de internacionales y a los combatientes republicanos, no es sino la consecuencia fatal del hecho dramático y traumático de la guerra de agresión que los generales sublevados, con el apoyo de Hitler y Mussolini, imponen al pueblo español. Siendo la guerra el mal radical, a César no le toca otra que asumirla con todas sus consecuencias, unas más gloriosas, otras más absurdas o indeseables. Por eso deja claro desde el principio a qué ha

ido a España: «Vamos a contribuir al derrumbamiento de este mundo podrido y al nacimiento de un mundo justo y en paz. La justicia que nunca reinó aquí abajo será desde ahora la regla para todos, para todos los ilegales, para todos los expulsados, para todos los perseguidos, para todos los reprobados».

Es un planteamiento radical, revolucionario. Pocas veces habla César de la defensa de la República; las más de las veces habla de la ayuda al pueblo español en su lucha contra el poder establecido. Como comunista hecho a sí mismo, pero conociendo el mundo del que proviene, entiende que el comunismo es la solución al quirigay de religiones e injusticias:

En conclusión, como las religiones antiguas resultaban irreconciliables, la única solución aceptable y satisfactoria parecía ser la que clama el advenimiento de un hombre nuevo en un mundo de justicia. Un mundo en el que ya no seríamos judíos, cristianos, musulmanes o budistas, sino ciudadanos del mundo de pleno derecho, con oportunidades iguales.

Pero en la guerra no cuentan solo los fines sino los medios, y ahí es donde se notan más las divergencias de este joven comunista que podríamos etiquetar en cierta manera de «libertario», ya que no acabó de aceptar la lógica de una guerra convencional:

Para luchar contra un ejército regular, nosotros también debemos contar con un ejército estructurado, disciplinado, unificado. Esta creencia nos la machacan muy a menudo, tal vez demasiadas veces; y es que a la larga nos fastidia saber que somos un ejército como los demás, cuando nosotros nos consideramos combatientes revolucionarios.

Esta es la razón por la que a lo largo del libro se mofa con frecuencia del papel jugado por los que él llama «mexicanos», los militantes de la Internacional Comunista (Comintern) que vienen a España para estructurar las unidades internacionales, que tenían unos componentes lingüísticos, políticos y culturales bien dispares. Aunque hay

que valorar la positiva aportación de los «mexicanos» al proceso de formación y consolidación de las Brigadas Internacionales, tampoco hay que ignorar u ocultar los casos de prepotencia y abusos que a veces produjeron:

Hay uno que viene de Moscú, uno de aquellos que habíamos recibido como si fuesen superhombres, los líderes que debían conducirnos a la victoria. El «mexicano» en cuestión, rebosante de seguridad, locuaz y rodeado por algunos jóvenes yugoslavos, mantiene a su público subyugado con el relato de sus «hazañas».

Uno de esos abusos eran las diferencias salariales entre el simple soldado y los oficiales, diferencias que escandalizaban a César y otros muchos. Ya al final de su estancia en España se encuentra con un grupo de estos:

Todos son oficiales, están bien vestidos, bien alimentados, y bien ociosos; todos «mexicanos» con buen aspecto. Con curiosidad acogen al recién llegado, que, andando con dificultad y ayudándose de dos bastones, les informa de que no tiene nada que ver con ellos. Con sus preguntas intentan «desmenuzar» al intruso, a sopesarlo, a evaluarlo. Al final descubren que es un franco-búlgaro, entonces viene la pregunta test, que consideran pregunta trampa: «¿Has visto?, tus franceses han puesto objeciones al sueldo de los oficiales» (este es tres o cuatro veces el de los soldados). Esta diferencia de sueldo había sido muy mal recibida por el conjunto de los internacionales, pero son los franceses los que más se habían resistido, y durante más tiempo.

De manera parecida habla César de los rusos, los *tovaritchs*. En una conversación que mantiene con uno de esos asesores, el asignado a la brigada del Campesino, se atreve a decirle: «Otra cosa, soy miembro del Partido desde hace varios años y, como TÚ bien sabes, en el Partido nos tuteamos». Y prosigue:

Ahora sí que el *tovaritch* se siente incómodo; queda claro que el mundo capitalista es muy complicado: el subordinado no se subordina y -resulta evidente- no aprecia la suerte que tiene de estar supeditado a un oficial del ejército soviético. No solo se dirige a él de igual a igual, sino que se expresa sin el comedimiento obligado a la jerarquía.

Pero no son estos aspectos los principales de su experiencia española, aunque la empañen en parte. César

tiene claro a qué ha venido y sabe que tiene que arrostrar todas las inclemencias de la guerra. Así, cuando recuerda los duros combates de la Casa de Labor en noviembre de 1936 (capítulo 5. Casa de Campo) escribe:

Lo que nos hace resistir es el hecho de estar aquí por voluntad propia. Sí, somos voluntarios. Nosotros decidimos venir. Y sin embargo, en nuestro fuero interno, cada uno de nosotros intenta desesperadamente acallar al ángel malo que no deja de recordarnos la vida apacible y tranquila, incluso feliz, que llevábamos del otro lado de los Pirineos hace tan solo unos días [...] Con esos desvaríos insidiosos y el miedo en las tripas, hay que aguantar de pie o tumbado, según el caso, con el fusil en la mano. Sí, hay que resistir cueste lo que cueste y evitar contagiarles el miedo a los demás. Si bien es cierto que los demás no necesitan que nadie les contagie nada, pues cada uno ya padece lo suyo.

Y de todas las vivencias, claro, la peor es la muerte del compañero, que se repite con una cadencia infernal:

Ha llegado el momento de asistir a la ceremonia fúnebre de los primeros caídos. Qué duro es, a los veinte años, contemplar un objeto inerte, ya tieso, con las manos ensangrentadas y crispadas sobre el pecho, como si quisiera, desde el más allá, impedir el estallido de un *shrapnel* que le ha socavado las costillas. Desde luego que vengaremos su muerte; pero, mientras tanto, lo tendemos en el hoyo que él mismo cavó, profundizado, claro está, por sus camaradas.

Pero todo ello tiene un sentido; han venido a echar una mano y ya no hay marcha atrás. Por el contrario, existe el orgullo del papel jugado en esos primeros meses de resistencia a las embestidas fascistas:

Resulta inimaginable que el ser humano pueda seguir un ritmo de vida semejante. Y sin embargo, esa ha sido nuestra realidad cotidiana durante días, semanas y meses, con algunos intervalos de descanso. Así hicimos creer a los franquistas desde 1936 que éramos decenas de miles. Estábamos por todas partes. Nuestros ataques sorpresa los desconcertaban; su radio informaba con rabia de los estragos de aquellos «rufianes internacionales» que desplegaron ataques simultáneos por doquier. Y eso que solo éramos tres batallones. Nos enorgullecía ser tan temidos.

En cuanto a sus relaciones con la gente de España, cabe destacar una escena –que presenta en el capítulo 7– que refleja la prudencia de los internacionales y la mutua admiración que existe entre estos y la gente del pueblo. Se

produce tras la batalla de Boadilla, cuando el batallón se retira a un pueblito cercano a El Escorial:

Hemos llegado sin bombo ni platillo, pero también sin intendencia [...] Pero aquí no hay tiendas abiertas, bueno, ni abiertas ni cerradas, y estos campesinos apenas tienen para sobrevivir ellos, y nosotros somos una caterva de hambrientos. Y además no nos sentimos con ánimo para pedirles nada. Sin embargo, ellos se dan cuenta que llevamos ahí desde por la mañana, que el tiempo pasa, y que algunos de nosotros, más previsores, han sacado de su mochila un mendrugo de pan.

Uno de los chicos se aleja, el otro se queda para mantener la conversación, tan contento de codearse con franceses. Al cabo de un rato, su compañero vuelve, la cara resplandeciente y, discretamente, susurra algo al mayor. Este, reticente, explica que no son ricos. Que su casa no es muy grande. Que no pueden invitar a todo el mundo. Pero que para nosotros cuatro sería un gran placer. Y sin esperar la respuesta nos arrastran hasta la entrada de su casucha. En su interior, necesitamos un tiempo para acostumbrarnos a la penumbra, ya que solo una escasa llama de la chimenea alumbraba la habitación. Nos invitan a sentarnos alrededor de la mesa, solo nosotros cuatro; mientras que los dos chicos, la «madre» y alguien más... se quedan de pie detrás de nosotros.

Para finalizar, en un relato como este no podían faltar las referencias a los judíos, un colectivo excepcional que sumó cerca de nueve mil voluntarios procedentes de casi todos los países y con mentalidades muy diversas. Ya al comienzo del libro, al narrar el viaje a España, mantiene César una conversación en la que un compañero le espeta: «Algunos camaradas militan muy bien hasta que surge el peligro y se apartan. Pero no se debe generalizar, tú, por ejemplo, has venido. Aunque también es verdad que algunos camaradas judíos solo son revolucionarios de boquilla. Por eso nos alegramos de que estés aquí». Y César reflexiona: «Así que era eso... El condenado asunto de ser judío».

Pero será en el capítulo 7 cuando César confronte su mentalidad «laica» con el judaísmo más hermético de otros grupos:

De todas las unidades de la brigada, solo la sección judía de los polacos se empeña en tener una actividad autónoma, o al menos

mantenerse en un grupo distinto, sin dejar de pertenecer a la formación polaca, pero como unidad independiente, con un comandante judío. Esto sorprende bastante en las otras formaciones donde también hay judíos internacionales en el conjunto de los efectivos, sin que por eso se cree el menor litigio. Hay hasta judíos y árabes de Palestina combatiendo codo a codo. Esto resulta incomprensible para los judíos polacos, que no se imaginan poder convivir y actuar con los demás polacos. No conciben, lo que es evidente, que en las otras formaciones haya judíos, sin que ello resulte problemático. Porque en el grupo de polacos, con ese aislamiento, y a pesar de la vigilancia de los responsables políticos, siempre suele haber enfrentamientos, litigios que degeneran en peleas, con insultos como «judíos asquerosos».

Sin embargo, la sección judía pone un punto de honor al presentarse voluntaria para todos los golpes duros, y les da mucha rabia no poder igualar a los otros polacos en la acción, arrastrándose hacia las posiciones enemigas sin producir alarma o, cuando se aborta una operación, poder correr tan deprisa y durante tanto tiempo como ellos.

En definitiva, César sabe bien por qué lucha, y eso le lleva a mantener una coherencia indudable, una positiva adaptación al medio ambiente bélico. Por ello confesará:

La guerra es una cosa inhumana y contra natura. Pero es ahí donde me he descubierto a mí mismo y me he encontrado, donde me he conocido y reconocido. He constatado con asombro que me gustaba, me sentía vivir libre al contacto con la naturaleza. Vivir libre y despreocupado, solo había que caminar y esconderse frente al enemigo. Los días eran desmesuradamente largos y variados. Quiero decir que en un día pasaban tantas cosas que parecía multiplicarse. Los camaradas eran auténticos, cualquiera de ellos; a pesar de sus defectos, sus carencias y a pesar de la relativa distancia intelectual entre unos y otros, el ambiente estaba impregnado de un sentimiento de camaradería.

Coherencia que no le induce a ocultar aquello que a él le parecía injusto. Esto es precisamente el mayor mérito de este libro: su sinceridad y su tono. Un tono narrativo de gran plasticidad, vetado por comentarios llenos de una ironía generalmente compasiva, no mordaz. Todo esto permite mantener muy vivo el interés de la lectura. Son muchos los aspectos humanos de la guerra los que César desvela. Sus memorias no contribuyen tanto a completar el relato

cronológico-militar de la guerra, cuanto a mostrar el lado más escondido de su trastienda, así como las complejas interacciones humanas que a su calor se desarrollaron. Esta es su principal aportación al conocimiento y valoración de aquellos «Voluntarios de la Libertad», aunque él, probablemente, hubiese preferido ser llamado «luchador por la justicia y la igualdad».

SEVERIANO MONTERO BARRADO
Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales

¡ES LA GUERRA, CAMARADA!

Capítulo 1

LA SALIDA

Y si tuviera que ir de nuevo, seguiría el mismo camino.

La estación de Austerlitz, como todas las estaciones, es un lugar público por excelencia. Los taxis se agolpan en la entrada, las taquillas en el *hall*, la gente en la sala de espera, muchos trenes llegan, muchos se van... pero ni rastro del nuestro.

Hemos llegado demasiado pronto, por lo que tenemos que buscar un restaurante para cenar. En otras circunstancias, y por precaución, habríamos evitado ir a ese restaurante y en su lugar habríamos escogido un bistró barato y discreto, pero esta no es una noche normal sino una muy especial. Esta noche, el dinero no tiene ningún valor, o mejor dicho, no tiene el mismo valor para ese grupillo de jóvenes de ojos brillantes y aire misterioso que llevan como único equipaje un maletín.

Esa falta de interés comenzó en el metro de Miromesnil, en la primera cita. Mientras esperábamos en la calle, impacientes y en silencio, a los que llegan tarde, o nos parábamos a tomar un café de vez en cuando. Nos lo bebíamos callados y, antes de salir en aparente calma, dejábamos, con filosofía, que pagara otro. Si no le llegaba para pagar, alguien le daba calderilla. Y volvíamos a salir al frío a pasear, en aquella famosa tarde tan señalada de finales de octubre de 1936.

Finalmente, en la entrada del metro, se juntan varias sombras, indicando que ha llegado el momento de agruparse. Alrededor de una silueta alta y tiesa, en corro, el grupo escucha con atención las instrucciones precisas.

Un grupillo de mujeres jóvenes se mantiene al margen, sin mostrar ningún interés por esos tejemanejes. Recibidas las instrucciones, todo el grupo se dispersa en silencio menos las mujeres, pues tienen que preguntar:

-Es en Austerlitz, ¿verdad?

A esta única pregunta, una sola respuesta por parte de los hombres:

-¡Mujeres! ¡Qué calamidad! ¡Que no... que es en la estación de Lyon!

Es una sutil estratagema del responsable, que ha decidido deshacerse de ellas ante las quejas del máximo responsable por no haber respetado la consigna «Nada de mujeres». Pero ellas desaparecen escaleras abajo entre risas.

-Sí, sí... no te lo crees ni tú.

Y así desaparecen en la oscuridad, cotorreando. Nosotros nos quedamos de una pieza:

-Ya verás, irán a la estación de Lyon por si acaso y luego irán a Austerlitz, así que bastará con ser más rápidos que ellas.

Y así nos vamos, en pelotón.

-¿Hay que hacer trasbordo en la plaza de la Concordia?

-No, va directo.

A nadie se le ha ocurrido consultar el plano. Como buenos parisinos, no hace falta. Y de nuevo todos nos quedamos pensativos. Por suerte y para nuestro agrado, el ruido del metro cubre el silencio. Por fin nos hemos deshecho de ellas, aunque la separación sea por mucho tiempo, tal vez muchísimo tiempo. ¿Quién sabe? Tal vez para siempre.

-Es la próxima. Pásalo.

Una vez en el andén del metro de Austerlitz, vuelven las inevitables peleas:

-Por aquí, ¡por ese lado!

-No, ¡por ahí!

-No... mira el cartel, ¡está bien claro!

-¡Que no, por allí!

Por fin salimos al *hall* de la estación, a la altura de la consigna, aunque no tenemos nada que consignar. ¿Maletas? ¡Qué va! Parece que nos hemos escapado de algún sitio, o que acabábamos de bajar del tren, cuando en realidad venimos a lo contrario. Nos perdemos en los sinuosos pasillos.

-Mira, es por ahí.

-No, por aquí.

-Así no vamos a ninguna parte, hay que preguntar.

-¡Silencio! -zanja el responsable-. Recordad la consigna: prohibido llamar la atención. Ya nos pillaron una vez por culpa de las mujeres.

Seguimos buscando con más ahínco cuando, al doblar la esquina, oímos unas voces femeninas:

-¡Por aquí, por aquí! -nos gritan.

¡Qué pájaras! Han llegado antes. A estas no se les escapa ni una. La escena ha provocado gran alboroto y risas, a pesar de la aparente seriedad del responsable.

-Pero bueno, ¿ya estáis aquí?

-Pues claro. Como nos habéis mentado, hemos tenido que darnos prisa.

Aunque teníamos que haberos acompañado, para que no os perdierais.

Verdad eterna, los que no saben intentan informarse, aún más si se trata de mujeres. Los demás obedecen y siguen al que sabe.

-¡Bueno, pues aquí nos despedimos!

-¡No, aquí no! ¡Arriba, en el andén!

-No, nada de eso. Está terminantemente prohibido, ya hemos infringido las normas en el metro. Ya basta.

Un grupo de chicos, maleta en mano, pasa en silencio, sin prestar atención a la disputa y se aleja con indiferencia. Su responsable, que es el gran responsable, lanza una breve mirada de reproche al subresponsable, que naturalmente le responde también en silencio:

-Mensaje recibido, pero qué quieres que haga yo, las mujeres son así....

-Vamos, chicas, un poco de disciplina. ¿Habéis visto a los demás? No se quejan y van sin sus mujeres. Nos vais a meter en un lío. Las instrucciones son muy claras: nos reunimos en grupos pequeños para no llamar la atención. Ya sabéis que hemos de pasar desapercibidos para no tener problemas en la frontera. Incluso en el tren, viajaremos dispersos por precaución.

-Pero vuestro tren sale dentro de una hora. ¿Qué vais a hacer hasta entonces?

-Increíble. ¡También saben a qué hora salimos!

-Escúchame... ¿No lo entiendes? Yo confiaba en ti y resulta que eres tú la que peor ejemplo está dando.

El argumento no cae en saco roto, o eso parece. Pero el grupo es muy solidario. Viendo que una de las suyas baja la guardia, incluso sin saber de qué va la historia, todas vuelven a la carga, sin orden pero con brío. Aprovechando el alboroto general, Andrée se mete también, como queriendo que todo el mundo se ponga de acuerdo.

-¿Y si perdéis el tren, por ejemplo?

Hice esto con la serenidad de la inconsciencia, como si fuera una idea de cajón, que no se le había ocurrido a nadie. Nada puede resultar más absurdo. Los chicos, estupefactos, se quedan mudos. Pero ella, creyendo que ha captado la atención, se pierde en explicaciones...

-Claro, tomáis otro tren, otro día, y se acabó.

-¿Qué? ¿Perder el tren? ¿Volver otro día? ¿Te falta un tornillo?

-Anda, por favor. Un día más, un día menos, qué más da, idos mañana o pasado mañana.

Un día o dos o tres.

-Pero bueno, Dedé, que no hemos venido hasta aquí para perder el tren.

¿Qué mosca te ha picado?

-Qué más da, por un día... Llegaréis a tiempo de todas formas.

-¿Llegar a tiempo? Para empezar, no es seguro, y además, ¿qué estás tramando? Ya sea hoy o mañana, de todas formas nos vamos, ¿qué diferencia hay?

Pero Dedé no duda en su empeño y sigue insistiendo:

-Pues eso, hoy o mañana, ¿qué diferencia hay?

El responsable se da cuenta en ese momento de que algo se trama. Esa «niña bien» de provincias, llegada a París para estudiar, por mucho que diga que es apolítica, no ha dudado en desafiar la voluntad de su familia, de sus seres queridos, de la opinión de todo Angers, su ciudad natal, para seguir a nuestro Kolia, pese a que este, desprovisto de todo, incluso de papeles en regla, no pueda legalizar su relación.

-Pero bueno, Andrée, ¿qué mosca te ha picado? ¿Qué quieres decir con eso de «hoy no»?

-¿Qué pasa hoy? Mañana será igual. ¿Qué diferencia hay?

-¡No! No es lo mismo, no es lo mismo.

Y ante la curiosidad general, con cierta indecisión, termina soltándolo:

-Estamos a finales de octubre...

-¿Y qué...?

-Pronto es el día de Todos los Santos...

-Ah... -le responde una explosión general de reprobación.

Pero hace falta mucho más para desarmar a Andrée. Ella se endereza sola ante la tormenta que se avecina, y enseguida otras chicas, de vuelta de la sorpresa, vienen a ayudarla.

El responsable, con superioridad, gruñe. Pero ellas no se dan por vencidas y recurren a su arma secreta: sacan los pañuelos del bolso, los ojos llenos de reproches se cubren de lágrimas. Se junta la tragedia y la seducción. El responsable se queda de piedra y, en medio del alboroto, intenta convencerlas:

-A ver, que no os enteráis, puede que solo sea cuestión de unos días; imaginad que llegamos allí después de la batalla, como aquellos caballeros de no sé quién.

Ante la oposición persistente, él saca también su arma secreta y se lleva a Kolia a un lado:

-Oye, habla con Andrée, intenta convencerla.

-Pero ya sabes que esta no es...

-Ah sí, es verdad. Pues tú, Ángel, vete a hablar con la tuya. Paula es una camarada, es más disciplinada y podrá convencer a las demás.

Así, con aquel jaque mate, las rebeldes baten retirada hasta la rendición absoluta. ¡Qué alivio! Tristemente, ellas se retiran cabizbajas, derrotadas. Las vemos alejarse a marchas forzadas; alguna se da la vuelta un instante para despedirse con la mano. Es la separación que queríamos evitar, en el andén habría sido aún peor.

En realidad, nuestro tren no sale hasta dentro de una hora. Dos horas de margen, si sumamos la espera en el metro, para los que puedan llegar retrasados. Nadie dice nada, pero da lo mismo, todos estamos pensando en los que se han «olvidado» de venir. Vamos a esperar cenando y así no nos bebemos las dos botellas de coñac que nos han regalado, por si hubiera que viajar en barco. Contra el mareo, no hay nada mejor. Sobre todo cuando ninguno ha navegado nunca, salvo en el Sena, obviamente, o en el Marne, de campin. Y el coñac que nos sirven en la cena no es malo, aunque es mejor el de la botella. Qué nos importa el dinero, pronto no nos servirá para nada. Por lo menos durante un tiempo, puede que mucho, puede que para siempre. *Siempre, nunca*: dos palabras que se repiten en la conciencia de todos en este día de vísperas de Todos los Santos.

¡Uf! Ahora que las chicas se han marchado, nos quedamos entre hombres, sentados en torno a una minúscula mesa redonda, apretados por el gentío, bebiendo despacio, esforzándonos por reírnos todo lo que podemos,

como unos amigos que se están divirtiendo, carentes de preocupaciones.

Andrée llorará esta noche, y los días siguientes. Paula también, y todas las demás. Pobre Liouba. A estas horas estará en su casa esperando. Ella no vino con las demás, cuestión de disciplina. Él también tiene que ser disciplinado. Como responsable, tiene que dar ejemplo. Y sin embargo, seguro que ella sigue esperando. Él le prometió que pasaría por su casa esta noche antes de irse. Pensó que le iba dar tiempo. Pero por culpa del idiota de Athanase, que no sabe coger el metro solo...

Seguro que ella está todavía esperando, atenta a los pasos que oye en las escaleras. La última vez que se despidieron en el rellano le pareció que ella tuvo un presentimiento. Le metió en el bolsillo un monedero que había traído de Bruselas. Un monederito con dos lados, uno para las monedas, otro para los billetes. Para que se acordase de ella hasta su regreso, un mes después... un año después...

Alguien tendrá que ir a ver cuánto queda para que salga el tren, no sea que al final lo perdamos. En nuestro andén está Kurt, el gran responsable, errando como un alma en pena, aplastado bajo el peso de la responsabilidad. A lo lejos se ve un tren que avanza a duras penas, aparece entre las vías muy despacio, con cuidado, como si temiera quedarse atascado, atrapado en las vías sin poder salir. Al final, con un largo quejido, se calma y se queda inmóvil. Los empleados de la estación se agitan.

Kurt nos hace una señal, por fin... En marcha, tenemos que ir hasta allí, en silencio, y montar en el vagón cuya puerta está sujetando. Pero siempre en grupos pequeños. Nos acercamos a Kurt, que sigue sujetando la puerta con mucha clase, como lo haría un chófer.

-Venga, arriba...

-No -alerta alguien-, este pasa por Orleans, ¡hay un tren más directo! -No importa, montad.

-De eso nada, vamos a perder mucho tiempo si cogemos este...

El guardia del tren nos observa y se acerca al grupo que está discutiendo acaloradamente en el andén. El hombre, mayor, interviene amablemente.

-No es este tren, amigos. Es el siguiente, el que sale dentro de veinte minutos. Vuestros colegas también van a coger ese.

Entonces, Iliá el Gordo, a quien sus compatriotas llaman el Parisino, haciendo honor a su apodo, se cree autorizado para infringir la disciplina y oponerse al jefe, al que le hace respetuosamente de intérprete:

-Tienen razón. El guardia lo acaba de decir también, este no es el tren que debemos coger. Kurt, tenso, seco y cabezota, farfulla entre dientes:

-¡Qué montéis, porque lo digo yo!

Una vez sentados, escuchamos el sermón del gran responsable:

-Si lo digo yo, no tenéis nada que replicar. El responsable soy yo y sé lo que hay que hacer. No hay que llamar la atención, debemos pasar desapercibidos. ¿Y en lugar de eso? Todo el mundo está viendo cómo nos peleamos como verduleros. Tengo órdenes expresas: los demás se van en el otro tren, dentro de veinte minutos. Hay que dispersarse, intentaremos incluso coger trenes pequeños para evitar cualquier sospecha. Además estamos ocupando la mayor parte del vagón, es mucho, demasiado.

Kurt quiere dispersarnos por los otros vagones. Pero ante la resistencia silenciosa, y más que evidente, no insiste. Hasta entonces nos han repartido en grupos pequeños, con la amenaza constante de un enemigo imaginario omnipresente, esperando permanentemente a que ocurra lo peor. Por fin estamos juntos, con otros como nosotros. Por fin juntos, apretados unos contra otros.

Él quiere separarnos, que nos mezclemos con otras personas que ni siquiera son de los nuestros. Mientras que

nosotros, en grupo, nos sentimos más seguros, por fin podemos aflojar la mandíbula, intercambiar unas palabras sin tapujos, mirar cara a cara al prójimo, con franqueza, sin desconfianza; conocer al fin a los que forman este grupo de amigos desconocidos, de camaradas, compañeros, socios. Todos elegidos por el mismo destino: la vida o la muerte.

El tren chirría ligeramente, parece que empieza a moverse, con esfuerzo intenta arrancar, el movimiento imperceptible del principio se precisa poco a poco, ya es obvio, el tren se mueve, avanza, las ruedas giran, las oímos golpear las crucetas de las vías de tanto en tanto, pluf... pluf... Aparentemente, las ruedas buscan su camino en el laberinto formado por los travesaños que se presenta ante el tren. No debe equivocarse, como creía nuestro amigo Iliá, ha de encontrar el camino, el recorrido adecuado.

Ya es un hecho: nos vamos, nos hemos ido, hemos pasado página, hemos quemado las naves, roto los puentes, la suerte está echada, nada volverá a ser lo que era. Las ruedas giran, gira la rueda y girará siempre en el mismo sentido, en el sentido correcto. Nos vamos, iremos allí, a donde se decide el destino de la Humanidad. Vamos a participar en la metamorfosis, ya no con discursos y panfletos, sino como testigos activos. Vamos a contribuir al derrumbamiento de este mundo podrido y al nacimiento de un mundo justo y en paz. La justicia que nunca reinó aquí abajo será desde ahora la regla para todos, para todos los ilegales, para todos los expulsados, para todos los perseguidos, para todos los reprobados.

El tren ha salido al fin de su caparazón, circula al aire libre con la soltura de una nube, acelera pero no es suficiente, no va lo bastante rápido. Deprisa, deprisa, nos están esperando, allí están solos, no pueden más, vamos a ayudarlos, a respaldarles, el mundo entero empujará la rueda para acelerar el movimiento de esta lucha final, que alumbrará la era de un hombre nuevo. Los explotados recibirán su recompensa, los proscritos volverán a ocupar su

lugar, los perseguidos podrán dejar de preguntarse si peligra su vida.

Por turnos, cada uno de nosotros va tambaleándose hasta el fondo del vagón y vuelve aliviado. Me toca a mí, y al regresar, me da la impresión de haber estropeado la tranquilidad; me miran de una manera extraña. Es evidente que al entrar he interrumpido la conversación, no es menos evidente que hablaban de mí aprovechando mi ausencia, qué raro... ¿Un motín?

-No, responsable, ¡la revolución!

Mi reacción no les sorprende, están dispuestos a poner las cartas sobre la mesa.

-Ven, ven a sentarte con nosotros.

Me hacen un sitio entre Ángel y Kolia, los más habladores.

-Mira, aquí todos somos camaradas, no hay diferencias entre nosotros. Estallan las muestras de simpatía y amistad de unos a otros. Es evidente que nadie se atreve a ir al grano. Entonces, convencidos de que hay que decirse las cosas a la cara, dadas las circunstancias y acontecimientos que nos esperan, y pensando que «a este se le puede decir todo porque no es como los demás», se lanzan:

-¿Sabes?, has hecho bien en venir con nosotros...

Vaya, vaya, ¿cómo que he hecho bien en ir con ellos? Siendo el responsable, se supone que estoy yo al mando del grupo. De hecho, soy el único miembro del Partido, en activo y de cierto nivel, a quien el secretario le ha confiado el deber de acompañar a este primer grupo de voluntarios.

-Algunos camaradas militan muy bien hasta que surge el peligro y se apartan. Pero no se debe generalizar; tú, por ejemplo, has venido. Aunque también es verdad que algunos camaradas judíos solo son revolucionarios de boquilla. Por eso nos alegramos de que estés aquí.

Así que era eso... El condenado asunto de ser judío. En el grupo solo hay un judío y precisamente es él, el responsable. Y entonces, soy un buen comunista, pese a ser